

Marie-Monique Robin

LAS COSECHAS DEL FUTURO

Cómo la agroecología
puede alimentar al mundo

Una nueva investigación
de la autora de

El mundo según Monsanto
y *Nuestro veneno cotidiano*



Península
Atalaya

Índice

Portada

Dedicatoria

Agradecimientos

Introducción. «Sin pesticidas no se podrá alimentar el mundo»: ¿podemos hacerlo de otra manera!

I. Las promesas de la agroecología

1. «Poner la pluma en la llaga»: el árbol de vida en Malawi
2. Árboles para salvar la vida del planeta
3. Árboles en los campos de trigo
4. Llegó la hora de los pioneros
5. Cuidar el suelo para alimentar bien a los seres humanos
6. «Las plantas enfermas de pesticidas»

II. La agricultura en la encrucijada

7. El fracaso de la agricultura industrial
8. Apoderarse de África
9. El retorno de los campesinos

III. El nuevo orden alimentario mundial

10. El «libre comercio» mata de hambre a México
11. Los productores de hambre
12. El desquite de los pequeños campesinos
13. La alianza entre campesinos y consumidores

Conclusión. Aquí y ahora

Notas

Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

Para David

AGRADECIMIENTOS

Doy las gracias a todos aquellos y aquellas que me han ayudado a llevar a cabo esta investigación y muy particularmente a Pierrette Ominetti de Arte, David Charrasse de m2rfilms y Olivier de Schutter. También doy las gracias a mis hijas Fanny, Coline y Solène, que me han apoyado en los momentos más difíciles. Por último, doy las gracias a los campesinos y campesinas que me han recibido en los cuatro rincones del mundo, con la esperanza de que se oigan sus voces.

INTRODUCCIÓN

«SIN PESTICIDAS NO SE PODRÁ ALIMENTAR EL MUNDO»: ¡PODEMOS HACERLO DE OTRA MANERA!

«No hagamos creer a los franceses que se podrán cultivar manzanas, peras o fruta sin ningún pesticida: esto siempre ha existido y seguirá existiendo porque si no, ustedes no producirán suficientes productos y además tendrán gusanos y correrán otros riesgos de intoxicación alimentaria vinculados a la falta de utilización de pesticidas». Era el 21 de febrero de 2011 en el programa *Mots croisés* de France 2, moderado por Yves Calvi. El debate de aquella noche titulado «Veneno en nuestros platos» reunía a Bruno Le Maire, ministro francés de Agricultura, Alimentación y Pesca, así como de Ruralidad y Ordenación del Territorio, que pronunció esta frase; a Jean-René Buisson, presidente de la Asociación Nacional de Industrias Alimentarias (ANIA);¹ a José Bové, eurodiputado de Europa Ecología Los Verdes, y a mí misma. Me habían invitado con ocasión de la publicación de mi libro *Nuestro veneno cotidiano*² en el que demostraba la ineficacia de la reglamentación de los productos químicos que contaminan la cadena alimentaria, como los pesticidas, los aditivos o los plásticos alimentarios.

«NO HAY ALTERNATIVA»

Como era de esperar, el debate con mis dos interlocutores fue acalorado, sobre todo cuando abordamos el impacto que tienen los famosos «productos fitosanitarios» (según el eufemismo de rigor) en los agricultores que los utilizan, pero también en nosotros, los consumidores que diariamente ingerimos los residuos de estos productos (excepto si comemos bio). Pretendiendo ser tranquilizador, Bruno Le Maire afirmó que «tenemos el sistema de normas más estricto del mundo en materia de control sanitario», sin precisar de dónde sacaba esta «información» (¿en qué criterios se podría basar uno para hacer esta comparación?) y después mencionó el «camino recorrido»: «En 2000 había en Europa 1.000 sustancias químicas autorizadas para cultivar productos agrícolas, hoy solo hay 250». En definitiva: recientemente se han retirado del mercado 750 pesticidas extremadamente tóxicos tras haber envenenado nuestro entorno durante décadas. Por desgracia, en el fragor del debate no tuve la ocasión de recordarle al ministro de Nicolas Sarkozy que en 2010 él había solicitado a la Unión Europea que le concediera setenta y cuatro derogaciones para que los agricultores franceses pudieran utilizar los pesticidas prohibidos...³

Pero lo cierto es que en el plató de France 2 Bruno Le Maire había afirmado con el aplomo del «especialista» que no es posible «cultivar manzanas, peras o frutos sin ningún pesticida» antes de añadir: «El riesgo principal es debilitar la agricultura francesa, hacer descender la producción francesa y encontrarnos en una situación de dependencia alimentaria con respecto a países que no respetan en absoluto las normas sanitarias o medioambientales». Insistiendo en ello, Jean-René Buisson, ex secretario general del grupo Danone y presidente de la ANIA desde 2004, había insistido por su parte: «Hay que recordar, hoy, que no existe, hoy (sic), una solución completamente alternativa a los pesticidas. Y, por otra parte: ¿cómo alimentar a la gente? Les re-

cuendo las cifras: si decidimos cultivar sin absolutamente ningún pesticida, esto conllevará un descenso de la producción del 40% y un aumento de los costes del 50%».

«¡Diantre!», me dije, ¡las cifras que presenta Buisson parecen serias! Y me juré buscar la fuente porque, por supuesto, el jefe de la industria agroalimentaria se había guardado mucho de proporcionarla. Me decidí a realizar la investigación que es el origen de este libro, sobre todo para verificar la validez de los porcentajes que había soltado Jean-René Buisson con la mano en el corazón.

Transcribiendo las palabras de los dos defensores de la agricultura química volví a pensar en el libro *Il n'y a pas d'alternative* del economista Bertrand Rothé y del director de cine y novelista Gérard Mordillat, publicado dos meses después del programa de France 2.⁴ Retomando la famosa expresión de Margaret Thatcher, «*There is no alternative*»,⁵ ambos autores analizan en él treinta años de discurso liberal y demuestra cómo en ese período el TINA (el acrónimo de *There is no alternative*, «no hay alternativa») se ha convertido en una «temible arma retórica» que las «élites económicas europeas van a repetir y hacer repetir por todos los medios de comunicación hasta que se entienda como una verdad revelada»: «no hay alternativa al capitalismo, al mercado, a la globalización, a la desregulación financiera, a los descensos de salarios, a las deslocalizaciones, a la desaparición de las protecciones sociales, etc. Esta ideología va a infestar las sociedades occidentales, a provocar el cambio de clase social de la mayoría y unos gigantescos beneficios para algunos».

«¡Qué quiere, hay que ser realista!; No hay alternativa a los pesticidas!». Cuántas veces he oído esta «verdad revelada», por recuperar la expresión de Bertrand Rothé y de Gérard Mordillat, generalmente aderezada con un argumento culpabilizante: si se renuncia a los biocidas «no se podrá alimentar ni a Francia» (Le Maire) ni «al mundo» (Buisson). Esta aseveración es una de las herramientas de comunicación fa-

voritas de Monsanto, el líder mundial de los organismos genéticamente modificados (OGM) que en junio de 1998 inundó la prensa europea con este encarte publicitario concebido por la agencia de comunicación británica Bartle Bogle Hegarty: «Nos encontramos en los albores de un nuevo milenio y todos soñamos con un mañana sin hambre. Para realizar este sueño, debemos acoger a la ciencia que promete esperanza. La biotecnología es la herramienta del futuro. Frenar su aceptación es un lujo que el mundo que pasa hambre no se puede permitir», como conté en mi libro *El mundo según Monsanto*.⁶

Sin embargo, este argumento moralizador —¿quién osaría oponerse a unas «tecnologías», a los pesticidas o a los OGM,⁷ que se supone resuelven el azote del hambre? — incluye una zona de sombras que olvidan rápidamente quienes lo enuncian: el modelo agroindustrial que desde hace medio siglo se promueve sin descanso no ha logrado «alimentar al mundo». Lejos de ello. Según la FAO, la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura, 925 millones de personas padecían hambre en 2010, mientras que la desnutrición y las enfermedades asociadas a ella matan cada año a siete millones de niños. Jean Ziegler, Relator Especial de las Naciones Unidas sobre el Derecho a la Alimentación de 2000 a 2008, cita estas cifras en su libro *Destrucción masiva, geopolítica del hambre*, en el que denuncia la «la doxa neoliberal sobre la fatalidad de las hecatombes». Con su célebre franqueza escribe: «La destrucción, cada año, de decenas de millones de hombres, mujeres y niños por el hambre constituye el escándalo de nuestro siglo. Cada cinco segundos muere de hambre un niño menor de diez años en un planeta que, sin embargo, rebosa de riquezas. En efecto, en su estado actual la agricultura podría alimentar sin problemas a 12.000 millones de seres humanos, es decir, dos veces la población actual. Por lo tanto, no existe fatalidad alguna a este respec-

to. Un niño que muere de hambre es un niño asesinado». ⁸ Y concluye: «El hambre se ha creado con la mano del hombre y puede ser vencida por los hombres». ⁹

Cuando se cierra la obra de aquel que «alimenta su cólera viendo la miseria de los países», ¹⁰ una se dice que el TINA de Le Maire, Buisson y compañía se queda un poco corto y que como mínimo las recetas químicas que ellos blanden como panacea universal apelan a un poco más de modestia. ¡No, la agricultura industrial no ha logrado alimentar a la humanidad, a pesar de las sumas colosales dilapidadas para desarrollarla e incluso imponerla de norte a sur del planeta! ¿Y si, por el contrario, el modelo que ella encarna fuera una de las causas principales de la progresión del hambre? Si decidí llevar a cabo la investigación que constituye el tema de este libro es también para ver qué se oculta detrás de los TINA repetidos a porfía por los vendedores de venenos agrícolas y sus intermediarios políticos.

«LA AGROECOLOGÍA PUEDE ALIMENTAR AL MUNDO»

Dos semanas después del programa «Mots croisés» me encontraba en el Palacio de las Naciones Unidas de Ginebra para asistir a un acontecimiento que me convenció definitivamente de que debía volver a ponerme en camino. En efecto, el 8 de marzo de 2011 Olivier de Schutter, el sucesor de Jean Ziegler en el puesto de Relator Especial de las Naciones Unidas sobre el Derecho a la Alimentación, presentó un informe titulado *La agroecología y el derecho a la alimentación*, que fue ampliamente comentado en la prensa internacional. ¹¹ Con una duración de siete minutos, tal como exige el reglamento de la ONU, la alocución del jurista belga fue pronunciada ante el Consejo de Derechos Humanos reunido en sesión plenaria. Volveré por extenso sobre el trabajo de Olivier de Schutter, con quien tuve el pri-

vilegio de encontrarme en Ginebra, México, Nueva York y Accra (Ghana), pero me contentaré con citar aquí un extracto de su presentación, que debió de irritar bastante a los adeptos a la agricultura química.

«Presento este informe en un momento en el que los precios de los alimentos del mundo han estado aumentando durante ocho meses consecutivos —empezó el experto de la ONU—. Los precios de exportación de los principales cereales han crecido al menos un 70 % desde febrero de 2010. [...] Ahora bien, esta crisis no es el resultado de algunos accidentes aislados. [...] La crisis que afrontamos no es solo una crisis de la oferta, es también una crisis de la pobreza: hay que aumentar los ingresos en las zonas rurales, donde reside el 75 % de las personas más pobres, para que puedan alimentarse dignamente. Es una crisis de la nutrición. [...] Y, finalmente, es una crisis ecológica: unos métodos de producción no sostenibles aceleran el cambio climático y la degradación de los suelos, y agotan las reservas de agua dulce, lo que a largo plazo amenaza nuestra capacidad para alimentar al planeta. [...] En el seno de la comunidad científica se impone una constatación: hay que cambiar de rumbo. Hoy ya no valen las antiguas recetas. Las políticas de apoyo a la agricultura tenían como objetivo orientarla hacia la agricultura industrial. Ahora es necesario que ahí donde sea posible se orienten hacia la agroecología.»

El experto de la ONU mencionó a continuación «las cuatro bazas principales de la agroecología» (véase *infra*, capítulo 1) antes de invitar a «los Estados que están consagrados a la realización del derecho a la alimentación» a «transformar en programa de acción gubernamental esta visión de una agricultura nutricia y productiva, creadora de prosperidad en los campos y en las ciudades, menos dependiente del petróleo y más resistente a los extremos climáticos». ¡Después de las intempestivas afirmaciones de Bruno Le Maire y de Jean-René Buisson, el lector reconocerá que yo tenía motivos para estar emocionada!

¿Qué es la agroecología y en qué sentido constituye una solución a los retos que la humanidad tendrá que afrontar en el curso del siglo XXI? El objetivo de mi nueva investigación es precisamente verificar sobre el terreno el «potencial de la agroecología para hacer disminuir el hambre y la pobreza», según palabras de Olivier de Schutter.

«LA CASA SE QUEMA»

«Nuestra casa se quema y nosotros miramos a otra parte». Un editorial del periódico *Le Monde* del 8 de abril de 2012 tomó, aunque con un sentido diferente, esta frase pronunciada por el presidente Jacques Chirac el 2 de septiembre de 2002 durante la Cumbre de la Tierra de Johannesburgo (Sudáfrica). «La casa se quema, pero ellos miran a otra parte» titulaba el periódico vespertino. ¡Sí y mil veces sí! Cuántas veces «eché pestes» durante la campaña electoral francesa de la primavera de 2012, llena de rabia al ver hasta qué punto los candidatos al cargo supremo eran sordos a las «advertencias lanzadas desde todas partes, cada vez más numerosas y argumentadas», como escribía mi colega, que añadía: «Casi no pasa un mes sin que un estudio científico señale tal o cual desajuste progresivo, insistente y, a fin de cuentas, inquietante».

Mientras estaba preparando este libro volví a leer decenas de recortes de periódicos, acumulados durante los últimos años y que tenían relación con la evolución del planeta. Los clasifiqué por temas: «crisis del clima», «crisis de la biodiversidad», «crisis del agua», «crisis alimentaria», «crisis energética», «crisis sanitaria», «crisis financiera». Y, de hecho, todas las alarmas se han disparado. Estrechamente imbricadas, todas estas crisis son la expresión de un sistema económico devastador que nos lleva directamente contra el muro si no cambiamos con toda urgencia de paradigma. Y es que los retos que hay que aceptar son enor-

mes: según la FAO, habrá que aumentar la producción agrícola un 70 % si se quiere alimentar a los 9.000 millones de habitantes con los que contará el mundo en 2050. ¿Cómo lograrlo sin agotar definitivamente los recursos del planeta?

A lo que trata de responder este libro es a esta pregunta, fundamental para la supervivencia de la humanidad. Al contrario de mis libros anteriores, este no tiene el objetivo de ser exhaustivo porque lo he concebido como un diario de viajes donde asumo plenamente la elección de las historias que he decidido contar o la de los testigos que he conocido: agricultores (cada experiencia agroecológica que presento está encarnada por un campesino y/o una campesina), científicos que trabajan en el dominio de la agroecología y representantes de las organizaciones internacionales. Inútil buscar en él entrevistas a representantes de la industria química o a promotores del modelo agroindustrial: no las hay. En primer lugar, porque ya he expuesto por extenso sus argumentos en mis documentales y libros anteriores, y después porque ante todo quería responder a la pregunta que se me hace regularmente durante los múltiples debates o conferencias en los que participo desde hace varios años: «¿Hay otra manera de hacer las cosas?»

Esté tranquilo el lector: las alternativas existen, como lo demuestran las muchas prácticas agroecológicas que he podido observar en los nueve países a los que he ido (México, Estados Unidos, Kenia, Malawi, Senegal, Alemania, Francia, India y Japón). Sí, se puede alimentar al mundo si se practica una agricultura biológica a la altura del ser humano, como nos lo enseñaron hace ya varias décadas los padres fundadores de la agricultura biológica, como Albert Howard, Rudolf Steiner, Hans y Maria Müller, Hans Peter Rusch y Masanobu Fukuoka, que me han acompañado a lo largo de este libro. También a condición de que se ofrezcan a los agricultores y a los científicos los medios para trabajar juntos, para que el espectro del hambre, pero también el de la comida basura, no sea ya más que un mal recuerdo. A

condición, por último, de que se rectifique de arriba abajo el sistema de distribución de los alimentos, quitándoselo de las manos a las multinacionales y a los especuladores.

Cada uno de nosotros tiene un papel que desempeñar en esta evolución indispensable porque, más que nunca, el acto de consumir es un acto político. De no hacerlo, acabaremos como el rebaño de borregos de Panurgo que tan bien describió Rabelais: «Panurgo, sin decir otra cosa, arroja al mar a su borrego, que grita y bala. Todos los demás borregos, gritando y balando con una entonación similar, empezaron a arrojarse y a saltar al mar detrás, en fila. Todos querían saltar el primero detrás de su compañero. Era imposible retenerlos, ya que como ustedes saben, la naturaleza del borrego es siempre seguir al primero, ahí donde vaya...». ¹²

I

LAS PROMESAS DE LA AGROECOLOGÍA